

ciencia ficción y fantasía

**nueva
dimensión**

NUMERO DEDICADO AL

TERROR

EN NUESTRO TIEMPO

Robert Heinlein · Charles Beaumont · Fritz Leiber
Robert Sheckley · Ray Bradbury · H. P. Lovecraft
Philip Fisher · Luis Vigil · Carlos Gimenez

SELECCION DE DONALD A. WOLLHEIM

nueva
dimensión 24

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

Director Periodista:

José M. Armengou

Colaboradores:

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

Carlo Frabetti

José Luis Garci

Luis Gasca

Teresa Inglés

Antonio Martín

José Luis M. Montalbán

Berit Sandberg

Director artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

Miguel Albiol

José M.^a Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Jordi Paris

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:

Argentina: Andrés Balla y Héctor R. Pessina

Australia: John Bangsund

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman

Gran Bretaña: Jean G. Muggoch

Japón: Takumi Shibano

Portugal: José Viale Moutinho

Rumanía: Ion Hobana

Julio 1971 / Número 24

TERROR IN THE MODERN VEIN

They, Robert A. Heinlein, published in *Unknown*, 1941.

Fritzchen, Charles Beaumont, published in *Orbit SF*, 1953.

The Girl with the Hungry Eyes, Fritz Leiber, published in *Avon Books*, 1949.

The Fishing Season, Robert Sheckley, published in *Thrilling Wonder Stories*, 1953.

The Crowd, Ray Bradbury, published in *Weird Tales*, 1943.

He, H. P. Lovecraft, published in 1925.

The Strange Case of Lemuel Jenkins, Philip M. Fisher, published in *Avon Fantasy Reader*, 1947.

© by Donald A. Wollheim, 1955.

Satan 2000, Luis Vigil. © Ediciones Dronte, 1971.

El Miserere, Carlos Giménez. © Carlos Giménez, 1971.

© Ediciones Dronte, 1971.

PORTADA DE

Enrique Torres

ILUSTRACIONES DE

Carlos Giménez

nueva dimensión HOY

EDITORIAL

El terror en nuestro tiempo

SE PIENSA

El terror moderno

por Donald A. Wollheim

Horror, ergo sum

por Giovanni Arpino

El terror está de moda

por Carlo Frabetti

Esa droga llamada terror

por Domingo Santos

nueva dimensión MAÑANA

CUENTOS

Ellos

por Robert A. Heinlein

Fritzchen

por Charles Beaumont

La Chica de los ojos hambrientos

por Fritz Leiber

Temporada de pesca

por Robert Sheckley

La muchedumbre

por Ray Bradbury

Él

por H.P. Lovecraft

El extraño caso de Lemuel Jenkins

por Philip M. Fisher

Satán 2000

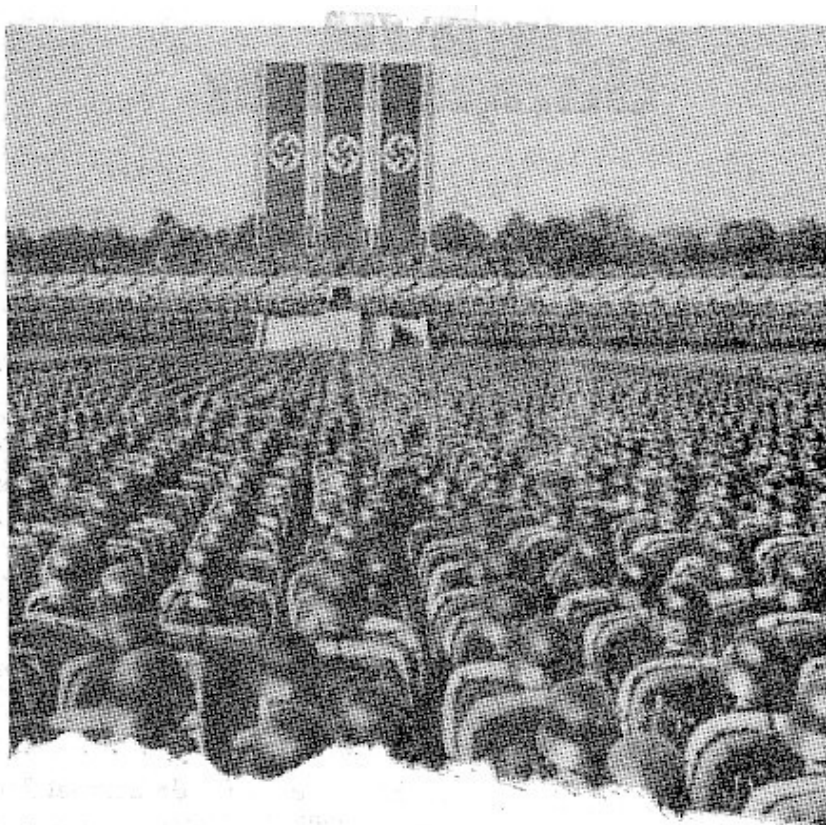
por Luis Vigil

COMIC

El Miserere

por Carlos Giménez

NÚMERO DEDICADO AL
TERROR EN NUESTRO TIEMPO
Selección de Donald A. Wollheim



EDITORIAL

EL TERROR EN NUESTRO TIEMPO

Este título, más que a una antología de relatos, parece corresponder a una crónica de actualidad.

En ninguna época el terror objetivo, la violencia física y psicológica, había alcanzado dimensiones tan envolventes y apocalípticas como en la nuestra, en la que el «bienestar» vegetativo de una minoría se

asienta sobre la opresión, la explotación y el exterminio masivo de la mayor parte de los hombres.

Sin tener en cuenta la Espada de Damocles nuclear que la Humanidad ha suspendido sobre su propia cabeza.

Pero lo más terrorífico de nuestra situación actual es la naturalidad, el compromiso, la silente complicidad con que es aceptada. Cierta distanciamiento histórico permite ver en un Hitler a un monstruo y en las SS una secta infernal. Sin embargo, aceptamos con toda naturalidad a los vástagos de Hitler que rigen el mundo, a las nuevas «\$\$» que siguen planificando genocidios. El terror ha sido convertido en mera estadística: tantos megatones, tantas toneladas de napalm y tantos estudiantes caídos en una manifestación, tantos muertos de hambre, tal porcentaje de analfabetos... Sí, tal porcentaje de analfabetos, porque también hay un terror cultural, íntimamente ligado con los otros. Y un terror sociológico, orwelliano, potenciado por los hallazgos de la informática.

Los avances tecnológicos y científicos, manipulados por estructuras irracionales y deshumanizadas, no sólo no han barrido los arcanos temores, las oscuras leyendas, los viejos fantasmas, sino que les han infundido nueva fuerza, nueva significación, nueva vigencia. Y una terrible inmediatez.

Algunos se extrañan de que las historias de vampiros, hombres lobos y zombies sigan teniendo actualidad en una época en que su contexto natural pertenece al pasado. Sin embargo, nada más lógico: ¿Cómo no iba a conservar actualidad el símbolo del zombi, en una época en la que los mecanismos de persuasión de la publicidad y los mass media tienden a hacer un zombi impersonal y heterodirigido de cada uno de nosotros? ¿Cómo podía perder vigen-

cia la figura del vampiro, en una sociedad en la que oscuras entidades, siniestras estructuras dotadas de una vida inhumana «chupan la sangre» —en sentido metafórico pero no por ello menos terrible— día tras día a millones de hombres, a los que el monstruoso rito de consunción priva de individualidad y convierte en siervos y perpetuadores del sistema? ¿Cómo prescindir del mito del licántropo en una sociedad basada en la competencia, regida por la máxima homo hominis lupus; en una sociedad donde la incomunicación y la constante inhibición de la espontaneidad nos carga de agresividad reprimida, capaz de estallar y convertirnos en bestias feroces ante ciertos estímulos externos?

Seguimos necesitando neuróticamente los mitos y el terror ritual para exorcizar los horrores cotidianos que la rutina y la enajenación nos hacen aceptar con naturalidad, para abreaccionar el sadismo y la violencia engendrados por una vida llena de inhibiciones y frustraciones.

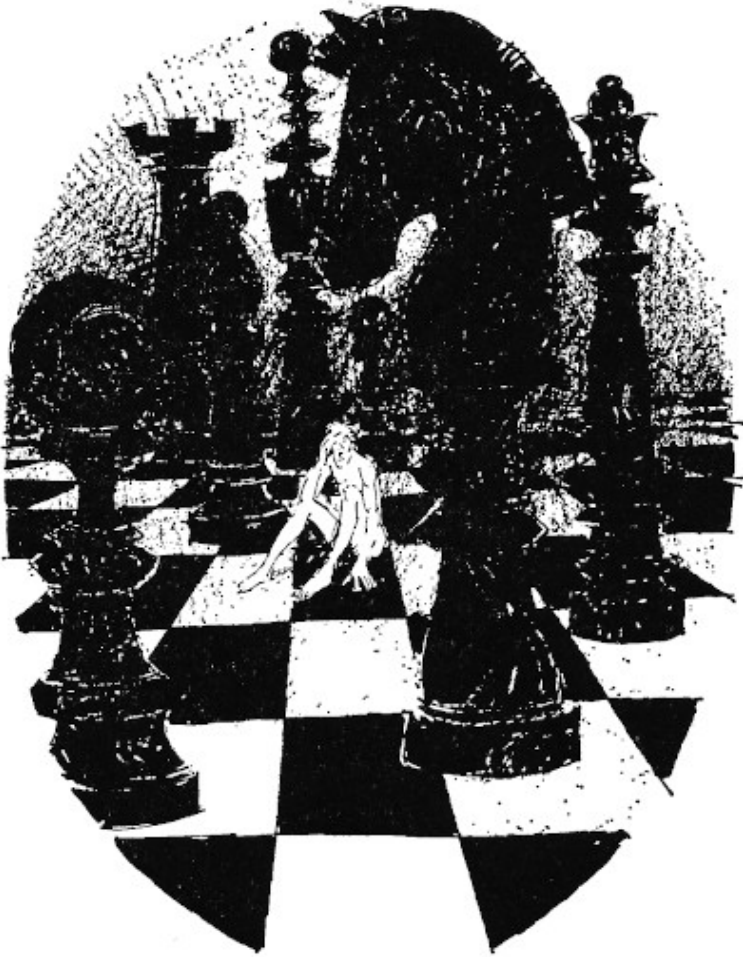
«Hay vampiros y vampiros, y no son los peores los que chupan sangre», dice el aterrado protagonista de «La Chica de los ojos hambrientos», tal vez el relato más inquietante de esta recopilación. En este sentido, sería muy interesante un estudio de la reciente «moda» de la figura de Drácula (o mejor dicho, de su estereotipo) y de la temática vampirológica en general, relacionándola con las diversas entidades «vampíricas» (es decir, «chupadoras» de vida y despersonalizadoras) de hoy.

Pero hay otro género de terror, genuinamente contemporáneo, que es algo más que la mera actualización de los antiguos esquemas. Es aquél que intenta devolvernos la auténtica dimensión, la correcta perspectiva, la consciencia crítica del terror que nos rodea e impregna nuestras estructuras, del terror

que nos acecha tras cosas y situaciones que la costumbre y el conformismo inducido nos hacen aceptar como naturales, del terror del que somos a la vez víctimas y cómplices...

Este nuevo género de terror, que no intenta sobresaltarnos a nivel emotivo sino racional, está íntimamente ligado con la SF, la cual le suministra su peculiar poder de distanciamiento, sus técnicas de extrapolación y transposición, sus símbolos operables y sus recursos especulativos. Es el terror de Wells ante una humanidad convertida en ganado; es el terror de las antiutopías publicitarias de Pohl; es el terror de una sociedad esquizofrénica maniquea reflejado en la «Omega» de Sheckley; es el terror subyacente en el confort de la seudolibertad de la American Way of Life, denunciado por varias generaciones de autores de SF...

Es un terror acusador e implacable, obtenido por el simple procedimiento de tendernos un espejo y mostrarnos que nosotros somos los zombis, los licántropos, los espectros de una danza macabra...



ELLOS
ROBERT A. HEINLEIN

¿Quién hay entre nosotros que en alguna ocasión no haya tenido la sospecha de que todo, excepto uno mismo, sea irreal? Y, si sospechásemos que el mundo es únicamente una elaborada farsa representada exclusivamente para nosotros, por alguna razón inexplicablemente oscura, ¿cómo íbamos nunca a probarlo? Robert Heinlein nos cuenta la historia de un hombre suspicaz que se decidió a investigar por sí mismo la cuestión.

Ellos no lo dejaban solo.

Ellos nunca lo dejarían solo. Se daba cuenta de que era parte del plan en su contra... No dejarlo nunca en paz, no darle nunca tiempo de pensar en las mentiras que le habían contado, tiempo para hallar las contradicciones, para encontrar por sí mismo la verdad.

¡Aquel maldito enfermero de la mañana! Había irrumpido con la bandeja del desayuno, despertándole, y haciendo que olvidase su sueño. Si lograra recordar aquel sueño...

Alguien estaba abriendo el cierre de la puerta. Lo ignoró.

—¿Qué tal, amigo? Me dicen que ha rehusado tomar el desayuno —la máscara profesionalmente amable del Doctor Hayward se cernía sobre su cama.

—No tenía apetito.

—Pero eso no puede ser. Perderá fuerzas, y entonces no podremos curarlo del todo. Ahora, levántese y vístase, y ordenaré que le preparen un ponche de huevo. ¡Vamos, sea buen chico!

Desabridamente, pero con menos ganas aún de discutir, salió de la cama y se puso la bata.

—Así está mejor —aprobó Hayward—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias.

El doctor agitó la cabeza, asombrado.

—Que me aspen si logro entenderlo. La pérdida de interés por los placeres físicos no está de acuerdo con su tipo de caso.

—¿Cuál es mi tipo de caso? —inquirió con voz átona.